

el tablao

LA GRACIA DEL CENTRISTA

En un artículo difuso, confuso y obtuso publicado por el señor Fraga en «ABC» sobre la reforma educativa al profesor se le ha escapado, dentro del párrafo, una nota de humor. Uno creía que los centristas eran unos plomos. Ya se ve que no. Incluso hacen su gracia. Al escribir sobre los puntos de su reforma dice: el sexto, no fornicar. Se refiere a la política en la escuela. El señor Fraga se lía a continuación con una teoría de puertas que no hay quien la entienda. La política deberá entrar en la escuela pero menos. Se podrá fornicar pero dentro de un orden. Como en las películas de miedo las bisagras pueden chirriar suavemente en la oscuridad del pasillo, los ventanales del salón pueden estar entreabiertos para que los ladrones entren de perfil con silencio de babucha de modo que la política se mueva dentro de la escuela en una penumbra entornada. Si el centrismo equipara la política a la fornicación pienso que el señor Fraga es partidario en este asunto del destape, de la braguita, del sostén a media asta, de la punta de toalla que cubre el monte de Venus, partidario en suma de convertir a los escolares en unos reprimidos políticos erigido él mismo en un Alfredo Landa de la cosa.

Dentro de la ambigüedad de la media tinta del centrismo lo único que está claro es que nadie debe fornicar con la política. Pero la cuestión no consiste en que no forniemos, sino que la política del señor Fraga no nos fornice a nosotros. ■ V.

EL NAUFRAGIO DEL NACIONAL-FUTBOLISMO

La «noche negra» del fútbol español —«no hay un puñado de tierra sin una tumba española»— se consumó ante el estupor de las grandes hinchadas del Real Madrid, del Atlético y de la Real Sociedad. «Y van roncas las mujeres empujando los cañones...». Pues ni así. La savia protestante del Real no pudo con el Derby Country, como no pudo el ritmo de samba del Atlético —que refuerza el fútbol-chotis de los Cuatro Caminos— con el Eintracht, ni la Real Society con los industriales de Liverpool. Muy bueno eso de que «no puede es-



clavo ser, pueblo que sabe morir». Pero lo cierto es que la energía y los millones que se gastan los españoles en la emoción del fútbol, ha sido en vano esta vez. El «pabellón», la «honrilla», los «colores», todo eso se ha ido por el desagüe, descomponiendo uno de los cimientos tradicionales del ordenamiento nacional, uno de los coagulantes de la contradicción española, de la relación entre españoles, y de la relación de los españoles con el poder. Si falla el fútbol, falla una de las columnas de Hércules y no hay plus ultra. Ultras sí, eso los habrá en cualquier caso. Todos sabemos que el fútbol, sobre todo cuando nos batimos contra el bárbaro, es paraconstitucional. Lo que pasa es que Dios aprieta, pero no ahoga. El Barcelona —¡Montal, a ti te lo debemos!— acaba de humillar brillantemente a la Lazio de Roma, insertándole en sus ovarios futbolísticos tres «goales» burocráticos. Esos tres goles incoados, implícitos, elípticos, presupuestos, inhibidos, técnicos, metafísicos, que salvan al Barcelona de la «praxis», del empirismo, son eternos, porque no han tenido principio ni fin. Son goles innatos, extraídos de su vo-

lumen y de su forma, no pesan, son espíritus puros. Son los tres goles que retratan con fidelidad asombrosa nuestro ser en sí. ¡Con tal de que los jugadores del Barcelona no la armen entre ellos por querer ser todos los goleadores! ■ DEOGRACIAS.

¡SILENCIO!... ¡SE VOTA!

Quien crea que ser director de cine en España es cosa fácil, se equivoca. Y más aún quien piense que aun siendo director reconocido por el Sindicato del Espectáculo se puede ejercer el derecho al voto para elegir sus representantes sindicales... ¡Ni hablar del asunto! El señor César Fernández Ardavin (director galardonado, como se sabe, y autor de la reciente «No matarás», espléndida película sobre los abortos que él mismo se inventa) ha convencido al Sindicato de que éste, con la Ley en la mano, no tenía razón al pensar que en España había 279 directores de cine.

Muy al contrario, el señor Ardavin ha demostrado que sólo hay 59. Una curiosa cifra que demuestra que cada uno de esos 59 hace un par de películas al año así como todos los cortometrajes y programas televisivos... La noticia habrá sorprendido a muchos realizadores que, de la noche a la mañana, no cuentan en las listas del Sindicato. Directores que no pueden votar porque el señor Ardavin impugnó unas elecciones que, gracias a él no se celebraron; y no se celebraron, claro está, porque el Sindicato dio por buena dicha impugnación. 220 directores no tienen derecho al voto. Entre ellos, Víctor Erice («El espíritu de la colmena»), Jaime Chávarri («Los viejos escolares»), Francisco Betriu («Furia española»), Josefina Molina («Vera, un cuento cruel»), José Luis García Sánchez («El love feroz»), Tomás Aznar («El libro de buen amor»), Basilio Martín Patino («Nueve cartas a Berta», «Canciones para después de una guerra»), Forges («Pais, S. A.»), Miguel Picazo («La tía Tula»), Alfonso Urgía («El hombre oculto»), así como los cortometrajistas que, al igual que estos directores citados, han representado a España en muchos festivales internacionales obteniendo en ocasiones sabrosos premios...

El señor Ardavin se refugió en un reglamento interno de la Agrupación Sindical de Directores por el que sólo se otorga el título de «afiliado activo» a quien haya dirigido más de tres largos y el último de no antes de los últimos cuatro años; lo sorprendente, sin embargo, es que aún en esa escueta lista de 59 aparecen nombres que no reúnen dichas condiciones. ¡Curiosidad de las matemáticas bien utilizadas!

Naturalmente, muchos directores (más de sesenta) impugnaron la impugnación de Ardavin. Pero no fueron oídos y esta vez las elecciones sí que se celebraron. De los 59 citados, acudieron sólo 24. De los 24, se marcharon antes de emitir voto alguno, 17 directores, como acto solidario con los marginados. Entre ellos, Bardem, Saura, Olea, Bodegas, Moreno Alba, Grau, Laiglesia, Martín, Fernando Merino... Y quedaron, pues, en férrea soledad, 7 únicos directores: Sáenz de Heredia («Sólo ante el streaking»), el citado Ardavin, Torrado («Un beso en el puerto»), Romero Marchent (sus westerns varios), Delgado («La garbanza negra que en paz descanse»), Nieves Conde («Las señoritas de mala compañía»)... Llegaron 7 cartas firmadas, entre otros, por Pedro Masó («Las adolescentes»), Alfonso Paso («Sexy Story»), José María Forqué («No es nada mamá, sólo un juego»)... En total 14 votos sobre los 279 directores censados. Es decir, un 5% del total, que se erigió el derecho a pensar por el 95% restante. Y es